

rillo exhale la atmósfera herética de los hermanos Valdés; ni tiene por más sólida la de Cejador y Asensio, según la cual el autor del *Lazarillo* sería el erasmista Sebastián de Horosco, suposición que interpreta como una confusión entre anticlericalismo y erasmismo. Para concluir, Cavaliere invita a conformarse con el anonimato del *Lazarillo*, en tanto no haya salido a luz un documento probatorio.

También en la labor filológica cumplida por Cavaliere en este estudio parece ser una suma cautelada el rasgo predominante: después de agudas consideraciones acerca de la lengua y el estilo del *Lazarillo*, reproduce la edición de Burgos, de la cual conserva también la ortografía, como testimonio de la frecuente diferencia del valor fonético de ésta respecto al uso ortográfico actual, y corrigiendo sólo — con ayuda de AL y de AN — los errores materiales. Cierran la obra la reproducción de seis adiciones de AL y un índice escrupuloso y múltiple.

GIUSEPPE CARLO ROSSI.

Il Cid e i cantari di Spagna, a cura di CAMILLO GUERRIERI CROCETTI.
Firenze, Sansoni, 1957. xcv + 520 págs.

El editor florentino Sansoni goza de una larga tradición en la historia editorial italiana, y en su actividad no ha faltado el interés por la cultura extranjera: entre sus diversas iniciativas es particularmente importante y conocida la colección *La Civiltà Europea* — nacida por deseo de Giovanni Gentile —, que se propone ofrecer la historia de las literaturas europeas (cada una en un volumen especial, elaborado por un perito de autoridad indiscutida; han aparecido hasta el presente los que se ocupan de las letras inglesas, rusas, latinas, portuguesas y rumanas) y que se presenta en un ropaje editorial que también en su aspecto exterior es uno de los más elegantes de la estampa europea.

Pero otra colección no menos seria — y exteriormente no menos elegante — es la de *I Grandi Classici Stranieri*, que se señala la tarea de ofrecer al público italiano los máximos autores foráneos en óptimas traducciones precedidas de páginas introductorias que ponen al día las noticias y los juicios sobre el escritor del caso: respecto al mundo ibérico la colección ha publicado ya obras de tres dramaturgos — Gil Vicente, Lope de Vega y Calderón — y un tomo de romances picarescos. A estas publicaciones se suma ahora el volumen que comentamos.

Guerrieri Crocetti, antes profesor titular de lengua y literatura españolas y ahora de filología románica en la Universidad de Génova, es especialista en los problemas de la primitiva épica española: sus trabajos merecen ser tenidos en consideración análoga a la que disfrutaban los más conocidos investigadores en este campo, desde Menéndez Pidal hasta Horrent, y desde Salvatore Battaglia hasta Silvio Pellegrini en Italia. Y las casi cien páginas de su introducción a este volumen vuelven

a trazar la historia del tema y de las diversas interpretaciones que le han dado las distintas corrientes de eruditos (de todos conocida es la cerrada aunque comedida polémica que divide desde hace tiempo el campo en dos sectores, el de los 'tradicionalistas' — en relación con los cuales acude inmediatamente el nombre del gran Menéndez Pidal — y el de los 'individualistas', como representante de los cuales pondremos el nombre de Horrent, limitándonos a recordar, entre los desaparecidos, el de Bédier), deteniéndose de modo particular en dar una idea sintética de los esfuerzos efectuados, sobre todo por Menéndez Pidal, para mostrar que la antigua epopeya española tuvo probablemente otros documentos, fuera de los sobrevivientes en el *Cantar de mio Cid*, en la *Crónica rimada*, en el fragmento de un poema sobre *Roncesvalles* y en los cantos épico-líricos del *Romancero* (y, a su modo — aunque pertenezca oficialmente al 'mester de clerecía' más bien que al de 'juglaría' — en el poema de *Fernán González*).

Por lo que refiere a él mismo, Guerrieri Crocetti confirma en este nuevo trabajo sobre la epopeya española (dentro de este tema él es ya conocido, entre otras cosas precisamente por un serio estudio anterior sobre *Problemi di epica spagnola*, aparecido en los años VI y VII del *Giornale Italiano di Filologia*) sus propias dudas en relación con la tesis de que las 'crónicas', tanto particulares como 'generales', tienen efectivamente valor substancial para la reconstrucción de los poemas y ciclos épicos, o que, sea como fuere, en ellas resuenan los antiguos poemas juglarescos. Guerrieri Crocetti robustece además su opinión — opuesta a la de Menéndez Pidal — de que la *Crónica general* incluye o menciona los 'cantares', no como documentos históricos indiscutidos, sino precisamente para poner de relieve el carácter fabuloso y novelesco de éstos (piénsese, por ejemplo, en la evidente vaguedad de la frase "oímos dezir a los juglares en sus cantares", y de otras similares, de la *Crónica general*), y de que, además de los cronistas, también los poetas consideraban los 'cantares' escasamente dignos de confianza histórica, así como es el caso, entre otros, del ingenuo Gonzalo de Berceo. Estas y otras opiniones las expresa Guerrieri Crocetti con el objeto de sostener una vez más que no le parece convincente el método de los 'tradicionalistas', de "ricondurre tutti i poemi e le legende delle cronache ad una comune fonte d'ispirazione e d'interessi, considerarli tutti come frutti di uno stesso albero"; pues le parece que esto equivale a "affrontare i problemi della poesia e della tradizione epica con un metodo troppo rigido e chiuso, prescindendo da quel *quid* di individuale che dà il tono e la sua ragion d'essere ad ogni prodotto dello spirito". Lo que no impide a Guerrieri Crocetti — sea dicho *per incidens* — hacer aquí un exacto, interesante y utilísimo análisis histórico, cultural y formal de los romances, análisis que se coloca dentro de la mejor bibliografía moderna sobre el tema.

Una nota sucinta, pero muy al día y adecuadamente sintetizada, precede la traducción de cada uno de los *Cantares* que Guerrieri Cro-

cetti ofrece — junto con el de *Mío Cid* — al lector italiano: sobrias pero exhaustivas notas al texto cierran el volumen; las traducciones mismas son exactas y de agradable lectura.

GIUSEPPE CARLO ROSSI.

STEPHEN GILMAN, *The art of 'La Celestina'*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1956. 261 págs.

Stephen Gilman, autor de *Cervantes and Avellaneda* y profesor de lenguas romances en las universidades de Harvard y Ohio, tuvo ocasión de ampliar sus investigaciones en reciente viaje a España.

En su estudio sobre el arte de *La Celestina*, Gilman ha tenido como propósito definido justipreciar la obra de Fernando de Rojas, señalándole lugar destacado entre los escritores de la literatura universal. La senda elegida para lograr su intento es nítida y original; con penetrante análisis y con certera visión crítica considera el arte de Rojas bajo los siguientes aspectos: estilo, caracterización, estructura, tema y género.

Ante todo nos referiremos a la parte que nos parece de más valor en la obra, y expondremos el contenido del capítulo segundo, que a nuestro modo de ver reviste el mayor interés, el *Arte del estilo*. Para el autor el estilo rebasa las formas rígidas, y aunque trae a cuento las teorías de Spitzer y las opiniones de Juan de Valdés acerca del arte del estilo, con todo prefiere indagar por su cuenta el estilo individual de Rojas. Veamos algunas de sus apreciaciones: el manejo y dominio del diálogo en Rojas es el punto central de su arte estilístico; en este lenguaje que resulta del encuentro de dos vidas, que se apoya en los pronombres *tú* y *yo*, sin que intervengan en ninguna forma el sentimiento propio y el ajeno; esa mezcla de interrogación y exclamación desarrolla ante el lector un escenario de amplios horizontes, que falta sin duda en el *Corbacho* de Talavera, en donde ciertamente se inspiró Rojas.

Además del contraste de dos existencias que llega hasta nosotros a través del diálogo, encuentra Gilman notable lógica en el estilo de *La Celestina*, lo que contribuye en forma decisiva a dar claridad al contenido de la obra y es el instrumento de comunicación con el lector al darle la certeza de que todo aquello de que se trata es susceptible de prueba. Si existen algunas interpolaciones, dice Gilman, es sólo con el fin de reforzar la lógica.

En el tercer capítulo, *El arte del carácter*, el autor sostiene que el carácter de *La Celestina* se enlaza íntimamente con el estilo, de tal suerte que para apreciarlo es menester tomar los personajes unidos por el diálogo, "así como Lacoonte y sus hijos estaban unidos por la serpiente". En esta "vida hablada" vuelve a colocar los pronombres *tú* y *yo* como núcleo alrededor del cual se construyen los caracteres.